

punto de llorar por algo que para ella es de mayor precio que su propia existencia, se ha sobrepuesto al fin a su dolor y ríe, ahora, de pie junto al músico, pidiéndole que toque algo nuevo. Y yo, viéndola transfigurada, erguida, adorable en su humilde frescura, siento impulsos de arrodillarme ante ella para adorarla cual una imagen de la fuerza que anima al pueblo flamenco en su martirio.

En el Canal de la Mancha.

El barco en el cual vamos a atravesar el Canal, está amarrado cerca del *Suxess*, cuyas ruinas acabamos de visitar. Un poco más lejos, en la rada misma, dos *epaves* hundidas muestran sus palos y sus chimeneas. En el fondo, a una milla del buque, distínguese la masa flotante de una goleta que hace señales pidiendo socorro. Éstas no son sino unas cuantas víctimas de las minas y de los submarinos, colocadas, sin duda, junto al puerto para inspirar prudencia a los viajeros.

— Si ustedes no quieren correr el riesgo de la travesía — nos dice lord Drogheda —, aun estamos a tiempo de volvernos atrás.

El marqués de Valdeiglesias, en calidad de decano, responde por los tres con la más alegre energía:

— ¡Sí que queremos!... Por lo mismo que hay peligro, queremos embarcarnos...

— Noten ustedes — agrega nuestro guía — que si el tráfico de pasajeros se ha suprimido desde aquí hasta Folkestone, a causa de los numerosos accidentes de estas últimas semanas, aun queda la vía del Havre, que, por ser más segura, sigue abierta al público. Podemos ir a embarcarnos al Havre. Aquí vamos a realizar el viaje en uno de estos buques llenos de tropas, que son los que más empeño tiene el enemigo en perseguir...

— Mejor — exclama nuestro compañero.

Entonces, un oficial rubicundo se acerca a nosotros y nos hace firmar una declaración por la cual queda establecido que, pase lo que pase, el Gobierno de Su Majestad Británica no tiene responsabilidad ninguna. El consabido *a vos riesgos* suena de nuevo a nuestros oídos.

En seguida, otro militar nos lleva hasta la pasarela, sin decirnos una sola palabra.

Y henos aquí, a bordo del *Invicta*, en medio de indolentes Tommys, que nos miran con ojos de indiferencia, como si no tuviera nada de extraño ver a tres pobres escritores de un país lejano y pacífico, venir a compartir con ellos los riesgos del mar. Todos llevan puesto el salvavidas de corcho sobre sus uniformes kaki, y cada uno se ha colgado al cuello un número que corresponde a una de las embarcaciones de salvamento que penden a babor y estribor. A nosotros también nos da el mayor-domo un salvavidas y un número: el número 13 nada menos.

— Mal presagio — murmura Fabián Vidal.

Valdeiglesias pregunta, al ver los cinturones de alcornoque:

— ¿Qué hacemos con estos armatostes?...

De común acuerdo, los tiramos en un rincón, más confiados en la Providencia que en nuestras facultades de nadadores.

*
* *

El día está claro, uno de esos días primaverales del Norte, en los cuales el sol, después de largas ausencias, parece volver al mundo con alegrías acariciadoras. En

el cielo, color de flor de lino y de flor de malva, no hay una nube. El mar se abre, cual un lago, en la inmovilidad celeste de su misterio, y va a perderse a lo lejos, cubriéndose de reflejos áureos. Es un día en que las ideas de muerte resultan tan absurdas, que nadie se atreve a evocarlas sin sonreír como ante la más inverosímil de las hipótesis. Y, no obstante, todo a nuestro alrededor es amenaza, todo es asechanza, todo es tragedia. Mejor que en los campos de batalla del Artois, donde marchábamos sobre un terreno minado que podía volar de un instante a otro, nuestra razón percibe aquí, de un modo matemático, el terrible juego a que el Destino somete la suerte de nuestra vida. Cada travesía feliz, en estos parajes sembrados de minas, es, según los marinos, un verdadero milagro. Las Compañías de Seguros lo saben de una manera positiva, y por eso no aceptan ya responsabilidades de existencias ni de valores. Pero, o mucho me engaña mi instinto, o no hay nadie, ni entre los tripulantes ni entre los pasajeros, que sienta la menor aprensión angustiosa. Una confianza serena, una fe vanidosa en nuestra estrella, algo que es demasiado sutil para analizarse y que contiene la esencia de la lógica oscura del instinto, seguro de no haber tocado aún al fin de la existencia, nos anima y nos sostiene mejor que un salvavidas.

*
* *

— Creo que hicimos mal en visitar el *Suxess* antes de embarcarnos — murmura nuestra buen lord.

A pesar nuestro, en efecto, la tragedia que acaba de referirnos uno de los tripulantes del barco torpedeado acude a nuestra memoria. Aquel día aciago, también el

sol iluminaba el espacio; también el mar estaba muy verde, muy tranquilo; también los pasajeros sonreían... Fué justamente a la hora del *lunch*, en los minutos apacibles en que la charla se hace amena y ligera. Todos sabían que el peligro era una realidad; pero en el fondo de su alma cada uno creía que la Providencia lo haría llegar sano y salvo al puerto. ¿Por qué habían de ser ellos, en efecto, los de la mala suerte?... Verdad es que también hubieran podido preguntarse por qué no habían de ser ellos... Sólo que esto casi nunca se lo pregunta uno cuando hay en la atmósfera luz y alegría... De pronto...

El marinero que nos recibió y que nos enseñó el camarote del infeliz maestro Granados, nos dijo:

—De pronto, alguien en la proa gritó: «Look out..., look out!...» Yo me hallaba en el centro del barco, junto a la chimenea, y al oír aquel grito, volví la vista hacia el mar... La explosión se produjo en el mismo instante... ¡Ah! ¡Si supieran ustedes lo que pasa en esas horas supremas!... Como locos, sin darse cuenta de lo que hacían, los hombres echábanse al agua. Las mujeres aullaban, literalmente, aullaban y corrían, sin dirección fija, buscando, de seguro, una tabla misteriosa de salvación... Yo caí aquí mismo, en este sitio, sin sentido; pero, por fortuna, mi desmayo duró poco. Al ponerme luego de pie, vi a mi alrededor muchos heridos... Un oficial trataba de hacerse oír y de tranquilizar a los que no se habían tirado de cabeza al mar. Con la mayor calma, los remeros descolgaban las lanchas, en las cuales habían sido amontonadas las familias... Una primera lancha se alejó, y los que se quedaban en el puente la contemplan con ojos llenos de pena y de envidia... Luego, otra lancha...; luego, otras dos... Los que estaban en el agua

esforzábanse por acercarse a esas embarcaciones, sin darse cuenta de que una persona más en cualquiera de ellas la haría hundirse... Inflexibles, los remeros alejaban a los que acudían nadando... El tiempo transcurría con una lentitud horrible... Y el buque no se hundía... El capitán, que había examinado la proa y que estaba seguro de que las paredes de los estanques no se romperían, dió orden a las lanchas de volver a bordo... La agitación y el vocerío nos hacían creernos en una casa de locos... Nadie oía y todos gritaban... En vano el capitán aseguraba que no había peligro... Mientras el *María Teresa* no se acercó para transbordarnos a todos, no cesó el vértigo.

— ¡Y pensar que lo mismo podría pasarnos a nosotros! — dice Valdeiglesias, después de evocar aquel recuerdo.

Pero luego, sonriendo, sin jactancia, muy tranquilo, exclama:

— A nosotros no nos sucederá nada... Además, ya ustedes ven que venimos bien custodiados...

*
**

Delante de nosotros dos barcos diminutos navegan, haciendo evoluciones que los alejan y los acercan de nuestro costado de minuto en minuto... Parecen mastines que nos guardan cual si fuéramos un rebaño. Son muy pequeños, muy pequeños y muy rápidos. A veces se pierden a lo lejos. Luego, aparecen a babor o a estribor, nos acompañan algún tiempo haciendo señales misteriosas a nuestro comandante, y después vuelven a desvanecerse en el horizonte...

— ¿Torpederos? — pregunto a un oficial.

— No — me contesta —, monitores... Lo más nuevo que tenemos..., lo más ligero..., lo más raro... Han sido creados para reírse de los torpedos... Vea usted.

Y me da un periódico, en el cual encuentro el relato de un repórter que asistió a la botadura del primero de estos buques fabricado en los astilleros británicos.

«Era tan pequeño y tan joven — dice — que nadie se había tomado el trabajo de bautizarlo y llevaba un número en lugar de un nombre. Apenas si se puede decir que su tripulación de setenta hombres vive a bordo; aparentemente está suspensa en él. Los enemigos debieron mirar al recién llegado con una mezcla de diversión y de desprecio; pero se desencantaron sin duda cuando se apercibieron de que el bebé podía lanzar cien libras de explosivos a veinte kilómetros de distancia sin cansarse.

»La tripulación empezó a bañarse. Aparentemente todos los marineros tenían el divino poder de andar sobre las aguas, porque, descendiendo de la escala, en lugar de hundirse en el agua, marchaban a lo largo del barco; después se ponían a nadar y andaban de nuevo.

»Por medio de botes fuimos a examinar este extraño fenómeno. Exactamente debajo de la superficie, el costado del navío tiene un saledizo de diez pies formando una plataforma cubierta por las aguas. Aquí reside el secreto y el misterio de esos navíos. Si un torpedo hiere el costado, explota en medio de una substancia que no puedo nombrar y la quilla del barco queda indemne. Estos monitores no llevan más que dos cañones de siete pulgadas y una pieza contra los aeroplanos.»

*
* *

De pronto, uno de los nuestros, el más periodista de los tres, el único que en todo ve la noticia sensacional, exclama:

— ¿Saben ustedes lo que sería estupendo?... Que un submarino apareciera ahora mismo ante nosotros..., que lanzara un torpedo..., que el buque se hundiera...

— ¡Hombre! — interrumpe Fabián Vidal.

— Esperen ustedes — termina el primero —, esperen ustedes... Sí..., que viniera la catástrofe y que nosotros nos salváramos para contarla... ¡Qué artículos tan estupendos!...

*
* *

Por mi parte, yo pienso en una tragedia marítima muy lejana, de la que fui actor hace veinte años en las costas de Colombia, a bordo de *l'Amérique*... Entonces no había minas, sin embargo, ni había guerra, ni había submarinos. En compañía de un gran poeta que ha muerto ya y que se llamó José Asunción Silva, iba yo de Saint-Nazaire a Panamá en busca de visiones nuevas, y no llevaba en mi alma adolescente sino esperanzas de goces, de amor, de gloria, de vida intensa. Mi compañero habíame recitado, a la luz de la luna del Trópico, sus hoy famosos *Nocturnos*, llenos de presentimientos patéticos y de amarguras precoces. Luego, con su voz doliente, habíame hablado de la muerte, que ya llevaba dentro del alma, del dolor de vivir, de la vanidad de todas las voluptuosidades, de la mentira de todas las ternuras, de la tragedia de cada existencia. Yo había oído, distraído, aquel lenguaje para mí incomprensible, pensando, más que en misterios metafísicos, en el misterio de dos ojos verdes que iluminaban el barco. Antes de separarnos

para meternos en nuestros camarotes, el poeta, contestando a una confidencia mía, me dijo aquella noche:

— Ya lo había notado... Yo soy como el médico que ve los progresos del mal ajeno y que, aun conociendo la impotencia de su ciencia para curar, hace lo que su conciencia le ordena... Esas pupilas glaucas son un pié-lago... No esas solas... Todas las pupilas de amor... Por eso le he hablado a usted de la tristeza de vivir... Pero ya sé que es inútil... Será ésta..., luego otra..., luego muchas otras... Usted creará que eso es placer... Y un día, con el pelo blanco, mirando hacia atrás, no encontrará sino una palabra, la única que no miente, y que es: Dolor...

«Este hombre — pensé — está loco.» Y me dormí con mis ilusiones para despertarme, algunas horas más tarde, con el agua que ya me llegaba a la cintura. ¡Qué espectáculo, Dios mío!... Por la primera vez en mi vida, sentí pasar junto a mis sienes el soplo de la muerte. «Aquí no se salva nadie», decían los marinos. Casi todos nos salvamos, no obstante. Yo me embarqué, al lado de José Asunción Silva, en una lancha que fué recogida veinte horas más tarde por un velero español. Al encontrarme de nuevo en tierra, recordando, sin duda, que durante el drama yo había siempre tratado de sonreír, el poeta me dijo:

— Decididamente, el optimismo es tan incurable como el pesimismo...

— Y menos incómodo — le contesté.

*
* *

Hoy, en nuestra travesía de la Mancha, me complazco en ver que todos somos optimistas, que todos amamos

la vida, que todos tenemos en nuestro Destino una de esas confianzas que se llaman ciegas tal vez porque son las únicas clarividentes. Que el peligro existe, los tres lo sabemos. Mas el peligro, para nosotros, no es un fantasma amenazador, no es un espantajo obsesionante, sino una cosa vaga, casi abstracta, como los otros grandes misterios del mundo, como la vida misma, como la muerte, como el amor... Y, además, ¿dónde no está el peligro?... Hace apenas dos meses, en Madrid, al ir a acompañarme a la estación, mi amiguito Rodolfo Gache, con sus veinte años llenos de poesía y de vigor, dábame consejos de prudencia, y entre bromas afectuosas prometíame una elegía para el caso de que una granada me matara. Hoy, al embarcarnos, Valdeiglesias me dijo:

— ¿Sabe usted?... Gache ha muerto...

En realidad, la vida no es nada, la muerte no es nada... No hay más que una realidad, y es el milagro... ¿Optimismo?... No... Filosofía helénica nada más, filosofía de poeta que dice:

Riez comme au printemps s'agitent les rameaux;
pleurez comme la bise et le flot sur la grève;
goutez tous les plaisirs et souffrez tous les maux,
et dites: C'est beaucoup et c'est l'ombre d'un rêve...

L'ombre de rêve de nuestro viaje comienza a desvanecerse, sin que hayamos visto nada de extraordinario. Nunca el cielo fué tan bello, nunca el mar fué tan clemente. Aun en los serenos lagos italianos, los barcos se mueven más que el nuestro en este estrecho por lo general proceloso. La Providencia nos brinda una *copa de azul*, igual a la que embriagaba a los argonautas. Sin sentirlo, hemos perdido de vista las minas, los submarinos, los torpedos, los riesgos, y, en silencio, dominados

por la suavidad de la atmósfera, acariciamos los flecos del gran ensueño vago que llena el espacio. La guerra misma no es, a estas horas, para nosotros, sino un drama absurdo cuyo objeto se nos alcanza apenas. De los labios de mis compañeros brotan frases sin coherencia, que denotan un estado de espíritu pacífico, filosófico y bienaventurado.

— Parece mentira... Veinte pueblos..., todo el mundo..., la más atroz tragedia... — murmura uno.

Y otro dice, entre dientes:

— Dios sabe lo que será del universo dentro de algunos años...

Estamos en el centro del drama, en un campo de batalla que quizás determinará el fin del último acto, y no vemos sino lo que hay de abstracto en el conjunto. La serenidad del infinito ha colocado nuestras almas fuera del espacio, entre mar y cielo, inspirándonos meditaciones piadosas.

*
* *

De pronto, una voz de mando mueve y despierta a las tropas, que llenan la cubierta. Ya hemos llegado, ya es hora de abandonar los salvavidas, ya es preciso pensar en los pasaportes, en las maletas, en la acción... Y entonces, sin poderlo remediar, sentimos que el viaje éste sea tan corto y que la dulzura de las horas contemplativas desaparezca tan pronto. ¡Es tan grato soñar bajo el cielol... Pero la tierra está ahí, la terrible tierra, donde la realidad nos espera...

Kitchener.

Hace pocos meses, a los postres de un almuerzo que lord Newton tuvo la amabilidad de ofrecernos a algunos periodistas extranjeros en el Claridges-Hotel, un anciano de rostro duro, de maneras breves, de estatura corpulenta, penetró en el comedor sin decir una palabra, nos estrechó la mano sin decir una palabra y volvió a marcharse sin decir una palabra.

— Kitchener — murmuró a mi oído un vecino de mesa, con un acento en el cual se notaba ese tono convenido entre gente cortés para excusar la manera de los personajes taciturnos.

Luego la conversación general llenóse poco a poco del nombre de aquel hombre ilustre, entonces muy admirado, pero también muy discutido. Con un gran respeto, todos exponían su manera de pensar sobre la dirección general de la guerra inglesa y sobre el ministro que de ella estaba encargado. Y todos, aun los que más partidarios se mostraban de una campaña muy activa, muy europea, muy moderna, menos *colonial*, tributaban alabanzas entusiastas a la buena voluntad y al tacto del gran organizador de las huestes británicas.

— En suma — dijo a fin alguien —, puede que lord Kitchener no sea el jefe que necesitamos en estos mo-

mentos. Pero, ¿dónde está el que pudiera reemplazarlo?...

*
* *

Estas palabras, envueltas en velos de luto y suavizadas por la sorpresa del dolor nacional, me parece encontrarlas de nuevo en los artículos que la prensa londinense consagra a la situación creada repentinamente por la catástrofe del *Hampshire*. ¿En dónde hallar, en efecto, al caudillo bastante fuerte para encargarse del mando de cuatro millones de guerreros?... Y, sobre todo, ¿dónde está el que hubiera sido capaz, en un pueblo opuesto, por esencia y por carácter, a las obligaciones militares en gran escala, el que, en el espacio de dos años, no disponiendo sino de sistemas anticuados, hubiera logrado crear, equipar y animar la formidable falange que tanto pesa en la contienda?

En 1914, el Káiser podía decir, sin gentileza, pero no sin justicia: «El insignificante ejército inglés.» Hoy, aquel núcleo de 200.000 hombres que apenas aparecía como una gota de agua en el torrente desencadenado de las fuerzas europeas, ha llegado a llenar un cauce tan profundo cual el de cualquier otro de los beligerantes. Y si es cierto, como lo pretenden algunos estrategas, que para formar tamaña masa de guerreros no era indispensable un cerebro genial, no por eso puede negarse que, dadas las condiciones del momento, sólo Kitchener podía ofrecer garantías de éxito en la tentativa de la empresa. No es fácil, en efecto, comprender lo que en un país cual Inglaterra, antimilitarista por instinto, individualista por temperamento, acostumbrado a confiar sus intereses sagrados a la salvaguardia de sus escua-

dras, y enemigo, en principio, de las guerras continentales, significa una presión igual a la que el Gobierno ha tenido que ejercer durante estos dos últimos años. Aun en la Alemania imperialista de Guillermo II, no es seguro que con un sistema de voluntariado, un Moltke hubiese conseguido decidir a cuatro millones de súbditos a alistarse bajo la bandera federal. Y así los que hablan de la *labor sobrehumana de Kitchener* no exageran, y los que dicen que *nadie habría hecho lo que él hizo*, están en lo cierto. «Para darnos cuenta del papel desempeñado por aquel hombre—escribe sir Robert Donal—hay que recordar en qué circunstancias fué nombrado ministro de la Guerra. Encontrábase él en Egipto al agravarse el conflicto. Míster Asquith estaba entonces encargado del War Office, a causa de los acontecimientos del Ulster, y su primer acto de tino consistió en reconocerse incapaz de continuar en tal puesto ante una tragedia europea. Llamó, pues, al sirdar y en el acto el público se sintió tranquilo. Sin el prestigio de su persona, que inspiraba una absoluta confianza e imponía silencio a los críticos, el país no habría cumplido con su deber como lo hizo desde un principio. Al héroe del Sudán podía hacerse un crédito ilimitado.» Cómo correspondió Kitchener a esta confianza, el mundo entero lo sabe, y por eso hasta sus más decididos adversarios le perdonan su larga hostilidad contra la reforma del servicio obligatorio.

*
* *

En Francia, más que el ministro de un país aliado el sirdar fué siempre para el pueblo el buen amigo que en 1870, lleno de juventud, lleno de entusiasmo, vino

a luchar contra los alemanes en las filas de los móviles del Loira.

— Ahí comencé mi carrera — solía él mismo decir, no sin cierto orgullo.

Y agregaba:

— No hay soldados como los franceses... Ellos me han enseñado lo que sé...

*
* *

Lo que sabía, en realidad, lo debía a la experiencia personal. Más que militar de escuela, era militar de acción. Su existencia entera la había pasado lejos de Europa, peleando, organizando, conquistando. En 1874, a la edad de veinticinco años, emprendió su primer viaje como teniente de Ingenieros, para explorar la Palestina. De 1878 a 1882 sirvió en Chipre. Luego, con el grado de comandante, pasó a Egipto, donde había de llegar a adquirir una fama bien ganada de gran jefe. En la expedición del Nilo recibió su primera herida en Handoub, y tuvo que permanecer algún tiempo inactivo en un hospital. En 1888, a la cabeza de una brigada, emprendió la campaña del Sudán. En 1892 fué nombrado sirdar. En 1896 dirigió las operaciones de Dongola. En 1896 llevó a cabo la conquista de Kharthum, demostrando por primera vez su talento maravilloso de organizador infatigable. El mismo Gordon, que se negó siempre a reconocerle otras virtudes militares, dice, hablando de su conducta en aquellas circunstancias: «Es uno de los raros oficiales que merecen el título de superiores.» Y su compañero de fatigas y de éxitos, el heroico Steevens, escribe en sus apuntes íntimos: «El cerebro y la voluntad son la esencia de este hombre — una vo-

luntad tal que aun en los minutos más difíciles parece funcionar sin el menor esfuerzo. Es el hombre-máquina por excelencia.» Lo que Steevens no agrega, pero que sus demás subordinados proclaman, es que esa máquina era ruda e implacable. Según una frase muy conocida, «el sirdar dejaba a sus amigos en Inglaterra y no llevaba a las colonias sino soldados de hierro». Lo que exigía de sus tropas, en efecto, es inverosímil. Cuando uno de sus oficiales caía enfermo a causa del clima, lo castigaba dándole de baja. Nunca tenía una palabra de afecto para nadie. Sin notar que no todos gozaban de una naturaleza atlética como la suya, de todos exigía lo mismo, obligándolos a caminar días enteros bajo un sol de fuego y a pelear sin descanso, a cualquier hora, en cualquier parte, y eso con un desdén aparente de las ventajas estratégicas.

*
* *

Donde mejor pudieron los ingleses estimar sus cualidades de sangre fría, de paciencia, de constancia y de indiferencia ante los reveses de la suerte, fué en el Transvaal. Mientras el país entero demostraba su inquietud por las victorias de aquel puñado de campesinos épicos, el sirdar seguía diciendo: «No tengáis cuidado; todo se arreglará como debe arreglarse.» Y realmente, después de una campaña que entonces parecía terrible, y que hoy, comparada con las operaciones de Verdun o del Iser, resulta una simple lucha de patrullas, logró imponer la paz de Vereeninging.

Cuentan que hace algunos meses, recordando aquel triunfo de sus métodos, y refiriéndose a la guerra europea, dijo a un repórter americano:

— Lo mismo que les pasó a los boers, les pasará a los alemanes.

*
**

Su confianza a este respecto no tuvo nunca, ni aun en los momentos angustiosos de la retirada de Charleroi, un punto de vacilación. Sus frases sobre la victoria son conocidas: «La guerra durará tres meses o tres años —dijo en 1914—, y terminará en Berlín.» «Nosotros vamos despacio, pero llegaremos adonde nos hemos propuesto.» «Si yo fuera jugador, pondría toda mi fortuna a la carta de los aliados.»

Y no veáis tales palabras como finales obligados de discursos oficiales, en los que hasta el último momento hay que demostrar al público una fe que no se tiene. Aunque ministro parlamentario, el viejo guerrero fué siempre lo menos parlador que puede imaginarse. Su amigo Gallieni, en París, decía a los diputados cuando le obligaban a contestar a largas interpelaciones: «Señores, me estáis forzando a desempeñar un oficio que no es el mío.» Kitchener no se tomaba ni el trabajo de excusarse de su breve rudeza. Vestido de paisano, sin gran elegancia, con una *jaquette* demasiado corta para su talle de gigante, poníase de pie, calábase unas gafas de oro, miraba de frente a sus adversarios, y en un minuto decía lo que tenía que decir. Cuando estaba en la obligación de leer un proyecto de ley, su voz temblaba un poco, su pulso no era firme, su mirada parecía inquieta. Los *speakers* sonreían viéndolo emocionado, cual un muchacho que se presenta ante sus examinadores. Sus compañeros de Gabinete alentábanlo con elogios afectuosos. Él, muy serio, trataba de salir pronto

del apuro, y luego sentábase, más fatigado que después de una batalla. En la intimidad, en cambio, había, según parece, en su palabra rápida, dura, corta y neta, un calor y una buena fe que convencían e inspiraban seguridad. «Lo único que quiero —solía decir— es que nadie dude de mi franqueza.» Y francamente, lealmente, exponía las innumerables dificultades con que tropezaba. «La obra que llevamos a cabo —aseguró hace un año— no es de las que pueden llamarse fáciles: este país no tiene instintos militares; la sola idea de una ley de servicio obligatorio provoca una crisis profunda. Yo veo mejor que los demás, porque he pasado toda mi vida lejos de la metrópoli. Mis ojos de extranjero no se equivocan. Para llegar a imponer la conscripción forzosa hay que demostrar primero al pueblo que se trata de un asunto de vida o muerte para el país. De lo contrario, es imposible. Las tradiciones son aquí más fuertes que la razón. Por eso hay, ante todo, que hacer entrar en la mente de los ciudadanos la idea de que estamos en los instantes más graves de nuestra historia; que no se trata de una lucha colonial; que estamos jugando el todo por el todo. Mis errores, yo soy el primero en reconocerlos. Yo también he tenido que reeducarme para hacer frente a las circunstancias.» Y sus confidencias terminaban siempre con una frase de confianza, con una promesa de victoria.

*
**

— ¿Quién nos hablará ahora con la misma lealtad y con el mismo optimismo? — se preguntan los ingleses, llorando la muerte del gran soldado.

En los momentos actuales, en efecto, hombres del

temple de Kitchener y de Gallieni son, en países como Inglaterra y como Francia, tan necesarios cual los ejércitos que combaten. Las naciones individualistas, formadas por ciudadanos conscientes e impresionables, no pueden vivir sin grandes profesores de energía. Y si Francia, gracias a la Providencia, es rica en héroes populares, los ingleses mismos confiesan que no pasa lo propio en Inglaterra.

— Entre nosotros — decíame ayer un periodista de Londres — la fama se forma muy lentamente. No improvisamos glorias. Lo que en Kitchener nos inspiraba una fe absoluta era su historia de cuarenta años de esfuerzos, de energía, de luchas y de triunfos. La victoria, para nosotros, estaba unida a su estrella. En su rudeza taciturna, veíamos nuestra imagen agrandada. Perderlo es más grave que perder una batalla.

Por fortuna, en una guerra como la actual, una batalla no es nada, un hombre no es nada. El tiempo, que es todo, se encargará de resolver los problemas más graves.

Lloyd George.

Los cronistas londinenses han glosado irónicamente la aventura del pintor Augustin John, que, encargado de hacer el retrato de Lloyd George, lo representó mucho más alto, mucho más fuerte, mucho más atlético de lo que en realidad es. Para excusarse de su error material, el artista, que sólo había visto a su modelo en el Parlamento, ha contestado:

— Yo veo grande a nuestro gran ministro, y por más que hago, no puedo dejar de encontrarle proporciones balzacianas.

Esta anécdota me interesa porque me hace recordar lo que me pasó a mí mismo cuando, hace algunos meses, tuve el honor de conocer al ilustre ministro inglés. Era en Londres, en un almuerzo que los periodistas de la City habían organizado para festejar a algunos escritores españoles, entre los cuales me encontraba yo. A los postres, después que lord Burnham hubo leído un discurso de circunstancias, vimos ponerse de pie a un hombrecillo de bigote entrecano, de gestos nerviosos. «Lloyd George», murmuró a mi oído un vecino de mesa. Mi asombro fué inmenso. ¿Lloyd George aquel ser menudo, de aspecto modesto, de mirada inquieta?... Y el hombrecillo comenzó a hablar de la guerra (naturalmente). ¿Qué fué lo que dijo? No lo recuerdo de un modo